



## UNA REFLEXIÓN SOBRE EL RECONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA METAFÍSICA DE LAS CIENCIAS HUMANAS

Ana María Vélez Evans\*  
María Isabel Vélez Evans\*\*  
COLOMBIA

### Resumen

A partir de los cambios originados por el proceso de búsqueda del conocimiento, la humanidad ha generado una disyuntiva entre las ciencias sociales, las naturales y la filosofía. En este artículo se presenta una reflexión sobre la viabilidad de mezclar la virtud filosófica y la objetividad científica a partir de una relación dialógica que establezca un indestructible diálogo entre la reflexión subjetiva y el conocimiento objetivo, entre "el cerebro de las ciencias naturales y sociales y el espíritu de la metafísica" (Morin, 1986, p.67), bajo el cual se genere una fusión de horizontes que dignifique al hombre desde el indefectible reconocimiento de la alteridad en tanto disciplinas que asumen el rol de sujetos iguales, no idénticos. El propósito es hacer claridad sobre la necesidad de darle a las construcciones epistemológicas de las ciencias humanas y de gestión, entre ellas la Administración, un carácter científico, en virtud de su capacidad de adaptación al objeto de estudio, de su método utilizado y de sus circunstancias inherentes.

**Palabras Claves:** Ciencias sociales, epistemología, método científico, gestión, filosofía, metodología.



Universidad  
Pontificia  
Bolivariana

\* Ingeniera Administradora, especialista en Gerencia y Magíster en Administración. Docente Investigadora de la Universidad Pontificia Bolivariana. Grupo de Investigación: Estudios Empresariales. Línea Responsabilidad Social y Gestión Humana. Ana.velez@upb.edu.co. Medellín. Colombia.



UNIVERSIDAD  
**EAFIT**  
Abierta al mundo

\*\* Economista. Magíster en Ciencias de la Administración. Magíster en Dirección de Recursos Humanos. Grupo de Investigación: Estudios Empresariales. Línea Responsabilidad Social y Gestión Humana. Ha publicado en diversas revistas nacionales e internacionales. Autora del libro: El proceso de toma de decisiones y el aprendizaje organizacional. mvelez@eafit.edu.co. Medellín. Colombia.



## Abstract

From the changes generated by the process of quest of knowledge, mankind has created a disjuncture between the natural and social sciences and philosophy.

However, in this article we examine the feasibility of mixing the philosophical virtue and the scientific objectivity from a dialogic relationship to establish an indestructible dialogue between the subjective reflection and the objective knowledge, between "the brain of the natural and social sciences and the spirit of metaphysics " (Morin, 1986, p.67) under which generates a fusion of horizons that dignifies man from the unfailing recognition of otherness in both disciplines to assume the role of equal subjects, not identical.

What is presented here is a reflection on the need to give the epistemological constructions of the human sciences and management a scientific character by virtue of its ability to adapt to the object of study, its method and circumstances involved.

**Key Words:** Social science, epistemology, scientific method, management, philosophy, methodology.

*"...El mito nutre pero nubla el pensamiento, la lógica controla pero atrofia el pensamiento. El pensamiento lógico no puede franquear el obstáculo de la contradicción, el pensamiento mitológico lo franquea demasiado bien..."*

Edgar Morin

**E**ste artículo, como punto final de una investigación cualitativa de análisis documental, tiene el propósito general de reflexionar sobre la oportunidad que debe darse a las ciencias de la gestión de *"forjarse su propia epistemología, adaptada a sus intenciones y a los objetos que estudia y concibe"*. Si a las ciencias naturales se les dio la libertad y confianza para que desarrollaran su método científico, el cual fue inexorablemente exitoso, parece lógico que se le otorgue a las ciencias de la gestión y a las ciencias humanas en general, la posibilidad de construir un método *"hecho a su medida"*.

El hombre, en virtud de sus exclusivas competencias, posee la capacidad y necesidad de interrogarse, de cuestionar todo aquello que le rodea, incluyéndose a sí mismo, para preguntarse por la naturaleza y validez de su conocimiento. El hombre de todos los tiempos ha desarrollado una actitud generadora de respuestas que conlleva una ordenación y un intento coherente por explicar la realidad y todo cuanto ella implica.

Las primeras respuestas dadas a estos cuestionamientos fueron elaboradas en términos míticos y religiosos. Los mitos se consolidaron como hilo conductor



a partir del cual se narraban las genealogías. Haciendo uso de imágenes y de un lenguaje simbólico, se reflejaban las relaciones mismas de las cosas naturales, personificándolas mediante el razonamiento analógico que permitía asimilar lo desconocido desde lo conocido. Buscando orientar y dar sentido a su relación con la naturaleza y con los demás hombres, el hombre construyó la imagen de su propio mundo de mitos.

Fue solo hasta el Siglo VII a. C., en el seno de la antigua civilización griega, cuando comenzaron a adoptarse criterios racionales y filosóficos como críticas a un mito que hasta entonces había sido socialmente validado como parámetro explicativo de la realidad. A partir de la influencia de Aristóteles, se instaura el surgimiento de la Filosofía en una sociedad que merecía ser la abanderada de esta disciplina, en tanto que "las aptitudes cognitivas humanas solo pueden desarrollarse en el seno de una cultura que ha producido, conservado, transmitido un lenguaje, una lógica y un capital de saberes y de criterios de verdad..." (Morin, 1986, p.20). El paso del mito a la razón, el nacimiento de la Filosofía, supuso un complejo proceso mediante el cual el pensamiento racional, vivificado en la cultura aristotélica y guerrera descrita por Homero, fue derribando los mecanismos de construcción de las representaciones míticas. Así pues, en esta sociedad el móvil religioso se ausentaba, siendo testigo del proceso de aparición y consolidación de la Polis que terminó por resquebrajar las tradiciones y doctrinas religiosas mantenidas tenazmente por siglos y conservadas en ese entonces solo por unos cuantos.

En sus primeros momentos, la Filosofía dedicó sus esfuerzos a explicar la naturaleza y el origen de aquello que la compone, lo cual permitió considerar a esta disciplina como un sistema racional frente a la explicación dada por los mitos y estableció una nueva forma de estudiar la naturaleza, una novedosa cosmovisión y el nacimiento de nuevos modelos explicativos del mundo. Es el momento en que el "*logos*" se libera del mito para romper la existente interacción complementaria entre mito y ciencia.

No fue solo descubrir el telescopio y la teoría gravitacional, ni simplemente entender que el sol es el centro del universo, que los planetas se mueven elípticamente teniendo en cuenta las órbitas, o que la Luna posee la misma naturaleza que la Tierra; tampoco era tan sencillo como plantear una revolución astronómica que derrumbó los cimientos de la teoría aristotélico-ptolomaica. Se trató de una revolución científica que traspasó los límites de lo puramente técnico, una nueva concepción del mundo, el hombre, la ciencia, la sociedad, la filosofía, la fe y las relaciones entre éstas.

Con la revolución copernicana, uno de los más valientes aportes en vista de la siempre existente resistencia al cambio, el hombre pierde su posición de centro del universo y magnanimidad de la creación de Dios, no por voluntad



divina, sino por la nueva concepción heliocéntrica del universo; un universo esférico en el que ya no existen las diferencias entre lo terrestre y lo celeste; un hombre que se convierte en científico experimental y abandona su rol de mago, astrólogo, artesano, humanista o filósofo medieval a partir de la liberación de muchos otros mitos hasta entonces validados. Y una relación entre éstos, Dios-hombre-universo, que se altera radicalmente dando paso al amanecer de la modernidad, un amanecer en el que el Sol no se presenta, es la Tierra la que lo busca.

Gracias a la capacidad explicativa que adquieren los movimientos uniformes y regulares, y a la consolidación de la filosofía neoplatónica, comienza entonces la necesidad de fundamentar la historia, las causas e hipótesis de los movimientos celestes con el objetivo de poder predecirlos y calcularlos con exactitud.

A partir de la gran importancia que adquiere la experimentación dentro del naciente método científico y gracias a los aportes de Tycho Brahe, la observación de los fenómenos y el perfeccionamiento de la instrumentación entran a ocupar un lugar de prelación y gran influencia, en virtud de ser los instrumentos la mejor herramienta de ayuda y potenciación de los sentidos en tanto permite alcanzar un mayor grado de objetividad, aunque se convierta, en algunos casos, en perturbadora del objeto que se investiga. Estos avances, sin embargo, tienen como contrapartida la pérdida de validez de saberes como la astrología, la magia, el pensamiento hermético y la tradición cabalística.

La ciencia experimental inicia así su labor de simplificar matemáticamente aquello que cada vez se muestra más complejo y se convierte en la encargada de darle al saber, hasta entonces difuminado con el misticismo, la magia, la astrología y el hermetismo, la noción de perfectible y progresivo en virtud de la vigorización de su autonomía con respecto a la fe, resultado ahora de los aportes filosóficos y científicos de Johannes Kepler y de la instauración del método científico como proceso de indagación y razonamiento sobre un mundo natural, que desde entonces -se considera- puede conocerse a partir de "*experiencias sensatas*" y de demostraciones experimentales realizadas al interior de instituciones típicas, y plasmadas en un lenguaje específico y claro.

Así las cosas, se trata de un proceso dialéctico a lo largo del cual se van permeando los paradigmas existentes con nuevas teorías, las cuales adquieren validez y van reemplazando poco a poco a las explicaciones religiosas y a las disciplinas tradicionales, llamadas ahora pseudociencias. A medida que los nuevos métodos van tomando un carácter científico y que se realizan previsiones tan precisas como las mismas observaciones, se va perdiendo el carácter metafísico que poseían las explicaciones del mundo físico y pierden validez explicaciones que incluían ideas de seres endiosados para darle paso a leyes matemáticas.



En medio de dicha transformación y en un contexto en el cual el pensamiento mágico no se ha desvanecido por completo, la certificación del método científico se convierte en el punto de quiebre entre lo hermético y lo público, entre lo aristotélico y lo neoplatónico, y en el espacio colmado de claridad bajo el cual convergen teoría y práctica, ciencia y técnica, artes liberales y mecánicas, saber y tecnología. Un método científico ahora progresivo, que admite un nuevo modo de pensar que ya no versa sobre las esencias o substancias de las cosas y de los fenómenos, sino sobre las cualidades de las cosas y de los acontecimientos que resulten objetiva y públicamente controlables y cuantificables, que ya no indaga sobre la substancia, sino sobre la función, tomando del técnico el *"qué y el cómo"*, y del científico el *"por qué"*.

Es esta nueva forma de saber, alejada cada vez más de los conceptos religiosos, astrológicos, mágicos, técnicos y artesanales, la que valida la experimentación como base de la moderna ciencia experimental y en virtud de la cual se logra *"poner en contacto las teorías con la realidad"* dándole al saber un *"status epistemológico"*.

Aparece entonces Galileo Galilei, un hombre que, con un *"anteojo"* en sus manos, refleja su confianza en los instrumentos mecánicos e inicia la excursión por uno de los más fecundos caminos que ha de recorrer la humanidad. Es el momento en que se construye el método hipotético deductivo y se destruye la distinción entre cuerpos celestes y terrestres, es el instante en que afirma que, a diferencia del Sol, la Tierra se mueve en un universo inexorablemente heliocéntrico. Galileo derrumba los pilares de la cosmología aristotélico-ptoloméica y su consecuente visión del mundo, e impulsa la revolución científica, dándole al método una mayor madurez, la cual fue la estructura indeformable aún después de haber tenido que enfrentarse a los postulados de una Iglesia que no concebía que un *"creyente cualquiera estableciese los principios hermenéuticos de interpretación de la Biblia"*.

Se defiende entonces la autonomía de la ciencia en virtud de su capacidad para demostrar sensata y experimentalmente aquello que, por estructura de objetivos iniciales, no le corresponde a la Sagrada Escritura. Queda así establecido que el objetivo de las Letras Sagradas sería enseñar aquellas proposiciones que no pueden hacerse creíbles por ningún medio distinto al Espíritu Santo; es más, las ciencias son aceptadas como instrumento de interpretación de algunos pasajes de la Escritura.

Este es el momento en que la ciencia se convierte y se acepta como conocimiento objetivo ligado directamente a las comprobaciones del método científico y a la experiencia científica que va más allá de observaciones comunes o de simples conjuntos de suposiciones. Valiéndose de *"experiencias sensibles y demostraciones necesarias"*, este método le otorga importancia tanto a la observación y experiencias sensibles, como a las hipótesis matemáticas y a la fuerza de la lógica.



Es precisamente Isaac Newton el científico que llevó a su culminación esta revolución científica". Gracias a sus comprobadas leyes sobre el funcionamiento de la naturaleza y a la consecuente independencia de la ciencia, Newton consigue influenciar directamente la sociedad humana, no solo por sus aportes en el ámbito de la física, sino también por sus reglas metodológicas del razonamiento filosófico relacionadas con la uniformidad y simplicidad de la naturaleza. Ciertamente, Newton se inscribe dentro de la filosofía experimental que viene consolidándose en tanto válida a los sentidos y al proceso inductivo como el único método legítimo para "fundamentar las proposiciones de la ciencia".

Pareciera que la ciencia, ahora preocupada por la gravedad, la inercia y las acciones recíprocas entre los cuerpos, se aleja por completo de las disciplinas tradicionales y hasta de la misma religión, no en vano fue Isaac Newton quien logró hallar una *"base formulada con claridad desde la que se podía deducir un gran número de fenómenos mediante el razonamiento matemático, lógico, cuantitativo y en armonía con la experiencia"*. Sin embargo, lejos de lo que podría pensarse, Newton indaga en *"consideraciones de orden filosófico-teológico"*; basta con darle un vistazo a su explicación acerca del origen del sistema del mundo, considerado éste como una gran máquina prescrita por un *"Dios ordenador, omnisciente y omnipresente"*.

Con Isaac Newton termina el prólogo de una historia que aún tiene muchos capítulos por contar, y de la cual no se conoce el final. Un prólogo con rasgos particulares, con características que lo hacen único y que acaba convirtiéndose en la mejor de las excusas para escribir innumerables capítulos.

Finalmente, es innegable que el método que nace en esta época es el cimiento de una ciencia que surge separada de la fe, tanto en objetivos, modalidades y fundamentación como en autonomía y status; una ciencia que no se concibe como instrumento sino como verdadera descripción de la realidad; ciencia que plasma su conocimiento en un lenguaje matemático para no perder su carácter científico y su principal elemento diferenciador: su objetividad; ciencia que no busca determinar las esencias; ciencia que excluye al hombre y a todos aquellos elementos subjetivos que podrían poner en tela de juicio su estatus empírico-científico de la disciplina.

Efectivamente, se inscribe un nuevo método en el desarrollo de las ciencias, que sintetiza la organizada observación y el riguroso razonamiento; un método que encuentra la combinación óptima entre mente y sentidos, entre suposición y demostración, entre conceptualización y experimentación.

Sin embargo, y a pesar de contar desde la revolución científica con el más reconocido proceso de conocimiento, no podría afirmarse que es éste el más perfecto, completo y siempre utilizado método, de la misma manera que no



puede manifestarse que con él se dejó definitivamente la influencia que en el ámbito científico tienen las pseudociencias, la religión y los paradigmas vigentes entre la sociedad. Esto sería negar que esta transformación es un proceso dialéctico que facilita el progreso y el cambio pero que no permite que se mutilen tajantemente las posturas anteriores. Sería, además, dejar borrar de raíz la influencia de la más arraigada de las tradiciones humanas, la religión; pues siendo el hombre el artífice de este método, está influenciado, quiera o no, por los paradigmas y elementos subjetivos que constituyen su tradición cultural y social.

Claramente, la propuesta de Descartes fue adquirir una conducta de prudencia, reserva y alejamiento, que a la larga se convirtió en el reflejo de su desconfianza frente a la capacidad humana. Así pues, comienza su trasegar por el mundo de la Filosofía luego de haber renunciado a su vida y a sus inquebrantables deseos de darle valor únicamente a sus pensamientos y a la *"temeridad abstracta"* que se funda en su razón a partir de su extrema prudencia.

Aun entre tanta prudencia y recelo, se hace evidente la indefectible confianza que tiene Descartes en su capacidad para modelar, estructurar ideales matemáticos y organizar el conocimiento en contra de los pensamientos con atributos de *"incertidumbre, accidentalidad, confusión e inconsecuencia"*. Así, la primera y gran certeza de Descartes, ante un infinito de dudas por él creado, es el *"rechazo como absolutamente falso de todo aquello en lo cual pudiera imaginar la menor duda, a fin de ver si después de esto no queda algo en su creencia que fuese enteramente indudable"* y que se alejara de ser un simple *"sueño"*.

La segunda y tal vez última gran verdad inmutable de Descartes, sería entonces su idea de *"pienso, luego existo"*, la cual aparece como primer principio a partir del cual se considera al hombre como una *"sustancia cuya esencia entera es pensar, independiente del cuerpo"* o de cualquier cosa material. Es pues el conocimiento, en tanto estructura de la esencia humana, una verdad impregnada de la mayor certeza, la que se alcanza única y exclusivamente a través de la duda universal que se asume voluntariamente,<sup>1</sup> y por lo tanto artificialmente, para hacer frente a un mundo lleno de *"apariencias"*, un mundo engañoso, fantasmagórico y a partir del cual se hacen deducciones fácilmente inútiles.

Podría considerarse imposible, desde la duda misma de todo lo que rodea al hombre, extraer la verdad y la certeza; suena tan ilógico que no pareciera tener sentido poder construir la certeza desde la incertidumbre. Descartes

---

<sup>1</sup> Es casi imposible hablar de Descartes sin que muchos autores lo vinculen con San Agustín en tanto otorga supremacía a la voluntad sobre el entendimiento.



instaura la duda en simultánea con la manera de deshacerse de ella salvando prioritariamente las demostraciones de matemática y presentando su indudable seguridad en su pensamiento, único capaz de dedicarse, *“sin invocar nada fuera de sí mismo”*, a su propio análisis, el cual entrega los elementos puros de una *“síntesis de la certidumbre”*. Así pues, partiendo de lo anteriormente expuesto, *“nada es más fácil de conocer que el propio espíritu”*, un conocer que se convierte en el sustrato de la perfección.

Aparece para Descartes el concepto de perfección surgido de su comparación entre duda y conocimiento, dándole a la existencia de Dios una justificación a partir de la presencia en su espíritu de esta idea de perfección y de ser este Dios quien garantiza el conocimiento humano otorgándole al hombre *“la confianza de usar su propia razón”*. Dadas así las cosas, la certidumbre se funda en la existencia de un ser Perfecto que no puede engañar al razonamiento humano que, afortunadamente, cuenta con un conjunto de ideas que no provienen de la experiencia.

Se esclarece aún más el panorama, porque si se logra demostrar que el conocimiento posee una garantía absoluta de su verdad, se podrá alcanzar verdades incuestionables e igualmente absolutas. Sin embargo, resulta casi inexorable que la búsqueda del conocimiento vaya renunciando a la pretensión de verdades absolutas a medida que se va renunciando al pensamiento de Dios, porque sin él se divaga por el mundo hipotético y relativo y dentro del cual las normas que rigen el conocimiento no tendrán valor general.

Pareciera que Descartes sigue siendo realista cuando se observa su esfuerzo por extender el ámbito de la teoría aristotélica ampliando el recorrido metodológico. Así, no solo se debía desplazar del mundo de lo sensible hacia lo inteligible, sino que desde este mundo espiritual se debía desplegar toda su verdadera significación.

Entre tantas apreciaciones, se vislumbran otras innumerables consideraciones metodológicas. La primera de ellas es la distinción entre el *“mundo del espíritu”* y el *“de la extensión”* a partir de la cual se califica como vano e inútil descubrir, por la vía del análisis lógico, lo que la experiencia revela; claramente, se mecaniza la visión del mundo y de los seres vivos al modelarlo como un sistema totalmente matemático, se establece al espíritu de cada uno como eje del conocimiento, y se concibe un sistema de referencia que permite expresar todos los fenómenos materiales con un lenguaje homogéneo o menos diversificado.

Parece necesario retomar la importancia que da Descartes a la conciencia humana, elemento que se convirtió en el detonador del mundo moderno cuando se puso al hombre, como individuo, en el centro del universo, lugar que se le otorgó en tanto reconocido por la conciencia como *“instancia última”*



*de apelación*" y en virtud de ser verdadero solo aquello que la propia conciencia ve como verdadero.

Sin lugar a dudas, las dos dimensiones que desentraña Descartes en el conocimiento, en virtud de ser la conciencia humana el eje del pensamiento, son el espíritu y el cuerpo. Evidente se hace entonces la conciencia que posee Descartes de sí mismo y de las operaciones del pensamiento gracias a las cuales aspiraba llegar a la generalización y a la demostración de todo lo que la conciencia individual puede lograr en razón de su buen sentido.

En medio de un mundo aún medieval, las ideas cartesianas de apelación única e insustituible de la conciencia humana y de la separación entre alma y cuerpo, llegaron pisando fuerte sobre una tradición cristiana que coartaba el juicio individual y que estaba guiada por los principios aristotélicos que no conciben la separación del mundo espiritual del mundo sensible o la idea bajo la cual *"lo material carece de alma sensitiva ya que se rige exclusivamente por leyes mecánicas"*.

En efecto, en el momento en que se separa lo sensible de lo espiritual, momento en que desplaza el aristotelismo para ubicarlo en el mundo espiritual, Descartes apoya filosóficamente un tratamiento puramente matemático y cuantitativo de los fenómenos naturales, sembrando las semillas del verdadero pensamiento científico en tanto respeto de la convicción personal y tratamiento mecanicista de la interpretación de la naturaleza y de sus propósitos de búsqueda de un método de conocimiento que permita solucionar las cuestiones científicas y técnicas.

Es pues el comienzo de una nueva época que desde entonces contaba con una nueva y fiable herramienta metodológica para distinguir *"lo verdadero de lo falso"*, para potencializar el uso de la razón humana y perfeccionar el espíritu, aun a pesar de ser un método que parte del abandono de lo que se tiene, de la historia y de la propia identidad. La duda universal, abandonar todo lo que se ha construido durante la vida, es una posición apresurada, más aun sabiendo que la conciencia humana posee la capacidad y buen sentido para filtrar el conocimiento adquirido.

Parece válido dudar y cuestionar la información recibida, lo que no parece lógico es la destrucción de lo pasado, tal vez sería posible revalidar los conceptos existentes y reconstruir sobre una identidad ya construida...

Tanto la Ciencia como la Filosofía son disciplinas poseedoras de unas raíces interdisciplinarias que este proceso ignora. Estos saberes, multidimensionales desde su esencia, fueron mutilados por la misma organización del conocimiento en el seno de la cultura griega, una cultura que especializó y encerró a la Filosofía a partir de la artificial disyunción que le impuso con la Ciencia.

Este parcelamiento disciplinario no solo afectó el logro de un buen



"conocimiento del conocimiento", sino también las posibilidades de conocimiento acerca del hombre mismo y del mundo; es lo que bien denomina Morín, una "*patología del saber*" enmarcada por la crisis que se siembra al priorizar la verificación de los fundamentos empírico-lógicos de cualquier verdad por la vía de la inducción. (Morin, 1994)

No en vano se habla de crisis cuando se observan los postulados del Círculo de Viena y sus ilógicas pretensiones de transformar la Filosofía en Ciencia, otorgándole a la primera un carácter científico que fundamenta todas sus proposiciones sobre enunciados verificables y coherentes.

Es así como la Filosofía y la Ciencia han sido ilógicamente separadas por intransitables barreras que aplastaron el carácter interdisciplinario de estos saberes y la complejidad de sus problemas. Se han conservado estas disciplinas mientras se construyen abismos entre aquello que por naturaleza se encuentra unido: el mito y la razón.

Y es que para exaltar el carácter de la Filosofía, lejos de mantener la disyuntiva hasta ahora existente, se encuentra viable la mezcla entre la virtud filosófica y la objetividad científica a partir de una relación dialógica que establezca un indestructible diálogo entre la reflexión subjetiva y el conocimiento objetivo, entre "*el cerebro de las ciencias naturales y sociales y el espíritu de la metafísica*" bajo el cual se genere una fusión de horizontes que dignifique al hombre desde el indefectible reconocimiento de la alteridad en tanto disciplinas que asumen el rol de sujetos iguales, no idénticos.

Dadas así las cosas, la única opción que se tiene para poder conocer el conocimiento es reflexionar al interior de estas disciplinas con el firme propósito de reconstruir su verdadera esencia. No cabe duda de ser éste un proceso enigmático debido a lo incierto que se torna el conocimiento cuando se intenta ahondar en las profundidades de su saber, sin embargo, y quizás más como responsabilidad que imposición, la sociedad actual está exhortada a recuperar lo que nunca se le entregó a las ciencias humanas: su esencia metafísica, y a unir aquello que nunca debió separarse: el mito y la razón.

Sería el comienzo de un proceso interdisciplinario gracias al cual podría cambiarse la visión unívoca del conocimiento por una concepción equívoca, legítimamente diversificada en virtud de la cual se vivifique un fenómeno multidimensional en torno a la relación, relativización y contextualización del conocimiento de la ciencia y la filosofía como "*dos caras diferentes y complementarias*" del pensamiento.

Se incita entonces, hacia una apertura del pensamiento empírico/racional/lógico bajo la cual se permita la contraposición por parte del pensamiento mítico/mágico. Indudablemente se crearía un espacio donde la reflexión y especulación dialogarían con la experiencia y observación, generando una confluencia de la explicación y de la comprensión; así, mientras "la explicación



introduce las reglas, mecanismos y estructura, la comprensión restituye los seres, los individuos y los sujetos vivientes". (Morin, 1990, p.87)

"...El conocimiento del conocimiento debe llegar a ser, con toda legitimidad, científico al ciento por ciento, al objetivizar al máximo todos los fenómenos cognitivos; pero al mismo tiempo, debe y puede seguir siendo filosófico al ciento por ciento.." (Rodríguez, 2008, p. 4)

Siendo el conocimiento un acto humano directamente influenciado por la vida y relación social, se debe tomar conciencia de la necesidad de mantener en armonía, bajo un mismo techo multidisciplinario, lo subjetivo y objetivo, concreto y abstracto, lógico y analógico, global y analítico, singular y general, mítico y científico. Sería la construcción de un pensamiento que acepte la unidad y dualidad simultáneas del universo mitológico y empírico en virtud de la complementariedad atropo-sociológica de los dos pensamientos y del reconocimiento de "los límites de la racionalidad y los peligros de la racionalización a partir del establecimiento de una razón abierta que sepa dialogar con lo irracionalizable, con los mitos y las dudas..." (Morin, 1986, p. 76)

"...El mito nutre pero nubla el pensamiento, la lógica controla pero atrofia el pensamiento. El pensamiento lógico no puede franquear el obstáculo de la contradicción, el pensamiento mitológico lo franquea demasiado bien..."  
Edgar Morin

"Dadme un pueblo cuya medicina originaria no esté mezclada con la magia y los encantamientos, y hallaré un pueblo carente de toda capacidad científica".  
Charles S. Pierce

"Hay que mirar con ojos que quieran ver, que crean en lo que ven y que crean ver cosas que tienen valor". V. Ronchi

¿Cómo desvincular a una construcción humana de lo humano?, ¿cómo hacerla objetiva en su totalidad cuando quien la construye se encuentra directa y constantemente influenciado por factores culturales, éticos, religiosos, políticos, sociales y hasta mágicos?

Sería absurdo negar el carácter subjetivo que aún tiene este método, a pesar de los esfuerzos realizados por imprimirle la mayor dosis de objetividad posible. Igual de ilógico que afirmar su universalidad; sería este último un error que obviaría que el método científico no satisface las necesidades de conocimiento que tienen por ejemplo, las ciencias metafísicas, hoy agrupadas principalmente en humanas y sociales en virtud de ser el hombre su principal eje temático.

Y aunque no puede negarse la gran importancia que este desarrollo epistemológico ha tenido a lo largo de los siglos, instaurándose en una sociedad influenciada por una tradición milenaria a la cual logra convencer de su objetividad y magnificencia, no puede obviarse que si este método parte



prioritariamente de la experiencia sensible, tendrá siempre que depender de la explicación, interpretación y análisis de quien lo experimenta, sea quien sea, hombre al fin y al cabo, ente subjetivo desde su esencia. Así pues, el método que mayor objetividad proclama es aquel que mayor dependencia tiene del hombre en tanto ser que evidencia la experiencia sensible, razona las causas y plantea las hipótesis explicativas.

Es igualmente, un método que valida científicamente a las ciencias naturales en virtud de su independencia; no debe, sin embargo, olvidarse que este proceso nació siendo dependiente de la aceptación y validación social. Aquel método teóricamente libre y autónomo, deja de serlo en el momento a partir del cual requiere de validación, concertación y aceptación social, convirtiéndose en siervo de la opinión de quienes se encuentran controlando su posible carácter científico.

Sin despreciar el importante aporte dado por el método científico, y sin dudar de su capacidad predictiva de una realidad cada vez más compleja, pareciera imposible entonces, lograr construir una estructura teórica que pudiera desligarse de toda concepción subjetiva, porque hasta subjetivo es el criterio que determinaría el grado de objetividad de ésta...

El mundo físico, aquel que conforma el universo de la percepción humana, continuamente pone a prueba la capacidad del hombre para conocer y verificar lo conocido. Descartes, en su afán por crear e imponer a todo lo que está dentro de los límites del conocimiento un tratamiento uniforme y metódico, se esforzó por referir todo a un sistema de reglas fijas que aseguran "nunca suponer verdadero lo que es falso o fatigarse en esfuerzos inútiles al conocimiento verdadero de lo que puede alcanzarse".

"La reflexión epistemológica ocurre en el interior mismo de las ciencias, no porque un creador científico genial se dedique a construir una filosofía, sino porque para determinar su valor epistemológico es necesario someter los conceptos, métodos o principios utilizados hasta ese momento a una crítica retrospectiva". (Piaget, 1967).

El transcurrir de la historia da irrefutables muestras de la continua y permanente tendencia humana hacia la vida social. Es el hombre un ser sociable por naturaleza, que por necesidad, azar o simple placer, busca la aceptación, compañía y cooperación de sus semejantes. Es así como la historia de los seres humanos no puede desligarse del acontecer de la humanidad misma, una humanidad que no hubiese sido posible si los caminos de muchos no se hubiesen cruzado conformando grupos sociales edificados a partir de lazos de consanguinidad, amistad, patriotismo, trabajo y mutua cooperación.

El hombre aprende a sobrevivir, a garantizar su supervivencia en medio de miles de hombres que pueden ser sus más cercanos colaboradores o sus más agresivos enemigos; sin embargo, el hombre garantiza su supervivencia a



toda costa, su egoísmo es movido por una fuerza de magnitud similar a la de aquella que lo inclina hacia la vida en sociedad. De hecho, el hombre ha aprendido a garantizar su óptima estadía en este planeta, ha desarrollado técnicas y construido teorías que ordenan su accionar y maximizan su bienestar, y ha entendido que solo logrando la aceptación y colaboración de los otros individuos pueden consolidar y validar estos constructos, de la misma forma que ha asimilado el permanente estado de competencia y cooperación que lo mantiene vivo.

Es entonces la vida del hombre una continua dialéctica entre egoísmo y solidaridad; orden privado y social; cooperación y competencia. Una dialéctica que se ha convertido en la característica fundamental de la convivencia humana al margen del conflicto, en virtud de la cual los seres humanos han tenido que aprender a aceptar un tercero incluido, una ley mediadora y el establecimiento de parámetros de legalidad científica.

En su afán de progreso, el hombre construye disciplinas que direccionan las estrategias de su accionar; disciplinas que, al estar el hombre inmerso en una sociedad, requieren la validación de quienes están analizando la adaptación de éstas a los parámetros estandarizados, ya considerados criterios científicos. Solo aquello que es considerado científico será apoyado por las mayorías, respetado por los expertos y tomado como punto de referencia óptimo.

La pregunta que surge ahora es entonces, ¿cómo lograr que una disciplina que es útil para el hombre sea validada científicamente, cuando el ámbito de acción de ésta fácilmente se establece fuera de los límites de la física o de las hoy consideradas ciencias exactas? Este es precisamente el problema al que se enfrentan las ciencias de la gestión, disciplina que, según Le Moigne, es “el punto de convergencia de otras disciplinas”, tanto de orden pragmático como teórico. (Le Moigne, 1995, p.56)

Evidentemente, si se compara la Administración con las otras ciencias sociales que le son cercanas, puede afirmarse que la primera no ha progresado a la misma velocidad con que lo ha hecho la Economía, la Sociología o la Psicología; menos esperanzador sería comparar la Administración con las Ciencias Naturales. Ahora bien, este tipo de reflexiones están cargadas de una ambigüedad que vale la pena aclarar ya que es necesario distinguir entre “ser ciencia” y “ser científica”. Si se considera la Administración como una ciencia, asunto que ha cobrado la atención de muchos, entonces, se tiene la necesidad de encontrar leyes, pautas de comportamiento, cánones de cambio entre teorías y sobre todo, capacidad predictiva bajo procesos metodológicos usuales. He ahí uno de los principales puntos de quiebre en esta reflexión, ya que en muchos casos se considera que la Administración no es una ciencia, pero eso no implica que no sea científica; en tanto esto último le exige que aplique un método científico. La teoría administrativa no enuncia leyes sino



reglas tecnológicas. Es científica porque emplea el método científico y conocimiento sustantivo de otras ciencias básicas.

Y es que la Administración tiene unos principios que no pueden ser considerados leyes porque no serían propios sino de otra ciencia básica o aplicada, además, porque pueden ser alterados *ad libitum* y por consiguiente no pueden ser leyes. Así mismo, no pueden considerarse como hipótesis porque la mayoría no describen sino que prescriben lo que debiera ser o hacerse para alcanzar ciertas metas. Por lo tanto, deben considerarse como reglas sociales que deben mantenerse si son exitosos en la práctica y justificados por teorías sólidas de otras áreas del conocimiento. La Administración es científica pero no es una ciencia. Quien pretenda esto debe, por lo menos, mostrar leyes administrativas.

“La Administración por sí sola no es capaz de aclarar el fenómeno que estudia. Las organizaciones pueden ser estudiadas desde el punto de vista de la Psicología, la Sociología, etc. La Administración tiene que tomar en cuenta estos aspectos. Aunque no lo dice taxativamente, se supone que los conceptos que utiliza no pueden ser puramente administrativos, también serán psicológicos, sociológicos etc. En otras palabras, la Administración no es una ciencia separada. Por supuesto, si eso sucede, también tendrá que tomar en cuenta las regularidades de otras ciencias como las señaladas.” (Kliksberg, p. 42).

El asunto aquí es cómo fortalecer la Administración aplicando en lo posible el método científico y buscando nuevas conexiones entre esta disciplina y las ciencias básicas.

Tal como lo menciona Kant, “el objeto de conocimiento no es objeto del conocimiento sino en tanto se provea de las condiciones del conocimiento”. En este caso, Kant apoya la necesidad de tener sujetos que provean de conocimiento al objeto, al construir una representación de la realidad que se consolide gracias a la coherencia en el uso de un método de estudio.

Este mismo autor entrega a la Administración una reflexión que permite entender mejor su naturaleza, ya que afirma que los juicios que componen el conocimiento de la Administración son sintéticos porque aportan algo nuevo a la ciencia a partir de la experiencia; contrario a los juicios analíticos que son propios de la lógica del pensamiento y su fin es confirmar raciocinios sin aportar nada más al conocimiento.

He aquí un punto clave en el desarrollo mismo del método a partir del cual se acerque a la Administración el uso de los juicios sintéticos que permitan ir validándose en situaciones fácticas de las organizaciones empresariales, en su realidad empírica, para llegar a tener un discurso administrativo que refleje un conocimiento de carácter social. En este punto se podría hablar entonces, de una disciplina que se ha construido a partir de la metodología cualitativa de casos; para la muestra, basta con observar los primeros pensadores que se



valieron del estudio de casos para obtener sus inferencias y consolidar su discurso sobre el conocimiento administrativo.

Es decir, la naturaleza de la Administración permite pensar en la posibilidad de contar con el método cualitativo del caso para construir su pensamiento y corroborar sus sustentaciones en situaciones empíricas particulares, para posteriormente generalizar un pensamiento sobre la Administración y el rol de la gestión estratégica en este entorno.

Tal como lo plantea Álvaro Zapata, este es un método que se construye y convalida en el *"propio terreno"* de los hechos gracias a los criterios de credibilidad, transferibilidad, fiabilidad, confirmación, integridad y coherencia. (Memorias Ascolfa, 1999)

Ahora bien, como la Administración no puede dar cuenta de todos los aspectos que intervienen en un fenómeno estudiado, la multidisciplinariedad aparece como la primera y mejor opción, gracias a la cual se permite a múltiples disciplinas intervenir para poder entender y hacer una construcción teórica de conocimiento sobre la realidad organizacional. En este punto podría pensarse a la Administración como un método que unifica la gran variedad de miradas sobre una misma realidad organizacional; es decir, la Administración puede servir para establecer las conexiones entre los aspectos que intervienen en un objeto de estudio, así como validar la naturaleza de los hechos empresariales y sus posibles consecuencias.

Aceptando como irrefutable parámetro de legalidad científica a la reflexión epistemológica, el primer paso a seguir es lograr que quienes construyen estas ciencias sean suficientemente proactivos al interior de la misma ciencia como para volverse autocríticos. Un proceso previo y objetivo de observación, teorización y validación es la única manera de evitar un desplome en el momento de poner en plaza pública una disciplina impregnada de alta autorreferencialidad, difícil comprobación empírica y alta influencia de la reputación del investigador encargado.

Dándole mayor importancia a la esencia que al *"envase"*, preguntándose por *"el sentido de lo que se hace"*, se puede aumentar las posibilidades de éxito de la disciplina que espera alcanzar un estatus científico, esto gracias a que una reflexión epistemológica hecha desde las *"propias prácticas de producción"* puede centrar la atención en el desarrollo de una teoría coherente y auto-organizadora que minimice las incoherencias epistemológicas que le impiden alcanzar su cientificidad.

Sin lugar a dudas, se le otorga al investigador, tal como lo plantea Martinet, la responsabilidad de "separar lo bueno de lo malo" a partir de una autorreflexión epistemológica *"inherente a la investigación practicada"* que permita "cuestionar los instrumentos mismos de la gestión, aun los más técnicos en apariencia" (Martinet, 1990, p. 76)



Es importante considerar además, que aquello que pudiese parecer un punto débil de las ciencias de la gestión, aquel que plantea que esta disciplina recoge disciplinas pragmáticas y teóricas, puede convertirse en un aspecto a favor de ésta ya que, como lo plantea Le Moigne, "la ciencia debe conformar un círculo... del pensamiento a la práctica y de la práctica al pensamiento" (Martinet, 1990, p. 76), además de contar con la posibilidad de no tener que someterse a un paradigma epistemológico preconcebido sino, de poseer la capacidad de constituir un paradigma alternativo válido.

Si generalmente ha sido la confrontación con la realidad la que finalmente valida la científicidad, ¿por qué no considerar científica una disciplina que es útil, eficiente, efectiva, en tanto satisface las necesidades de su gestor?, ¿no sería posible considerar como legítimo aquello que funciona en virtud de ser su utilidad el elemento decisivo, o sería esto disimular la verdad científica detrás de la proclamación de su eficacia? ...

Dadas así las cosas y ya hecho el análisis retrospectivo de las ciencias de la gestión, el examen relacionado con el nivel científico es responsabilidad de los agentes externos a la construcción de la disciplina. Llega la hora de un control extrínseco que valide la eficacia, intención científica, coherencia epistemológica y proyecto específico de estas ciencias. Un examen que valida el método, permite la "apertura de los métodos" o la consolidación de nuevas opciones epistemológicas.

Se llega así a la posibilidad de llegar a un acuerdo que permita consolidar un tercero incluido, una nueva herramienta epistemológica que se adapte a las producciones de esta disciplina.

Y así como se plantea la opción de alcanzar un equilibrio con los agentes externos, también se establece la posibilidad de alcanzar un "óptimo interno" que garantice el equilibrio entre pragmatismo y empirismo, ciencia y acción, cultura y operación, verificacionismo y refutacionismo, ambos enfrentados por la posibilidad de verificación o de contradicción.

*Es pues la oportunidad de las ciencias de la gestión de "forjarse su propia epistemología, adaptada a sus intenciones y a los objetos que estudia y concibe". Si a las ciencias naturales se les dio la libertad y confianza para que desarrollaran su método científico, el cual fue inexorablemente exitoso, parece lógico que se le otorgue a las ciencias de la gestión y a las ciencias humanas en general, la posibilidad de construir un método "hecho a su medida".*

De igual manera, ¿si se validaron como parámetros de científicidad las apreciaciones metodológicas planteadas por las ciencias exactas, por qué no darle a las construcciones epistemológicas de las ciencias humanas y de gestión un carácter científico en virtud de su capacidad de adaptación al objeto de estudio, método necesariamente utilizado y circunstancias inherentes?



Se trata de abrir la mente a nuevos métodos, nuevos procesos epistemológicos y, por qué no, nuevos parámetros de científicidad...

### Consideraciones Finales

El importante impacto que han tenido las ciencias humanas y de gestión en el mundo moderno, ha dado mayor vigencia a la búsqueda de una validación de su carácter científico en tanto se considera que estas construcciones epistemológicas poseen una alta capacidad de adaptación al objeto de estudio, han desarrollado sus propios métodos para acercarse a él, han considerado las circunstancias inherentes como parte de su naturaleza y se han forjado una epistemología adaptada a sus intenciones.

La forma en que históricamente se ha comenzado a dar "*status epistemológico*" a las ciencias, ha sido poniendo en contacto las teorías con la realidad para validar su capacidad de adaptación al objeto de estudio, a sus cualidades y entorno.

El método desarrollado para las ciencias sociales, aunque sintetiza la organizada observación y el riguroso razonamiento, y encuentra la óptima combinación entre mente y sentidos, suposición y demostración, conceptualización y experimentación, no puede considerarse válido para objetos de estudio que se acercan a las ciencias humanas y de gestión y se alejan de las naturales.

El parcelamiento disciplinario no solo afectó el logro de un buen "*conocimiento del conocimiento*"; sino también las posibilidades de conocimiento acerca del hombre mismo y del mundo; es lo que bien denomina Morín, una "*patología del saber*" enmarcada por la crisis que se siembra al priorizar la verificación de los fundamentos empírico-lógicos de cualquier verdad por la vía de la inducción.

Aquello que pudiese parecer un punto débil de las ciencias de la gestión, aquel que plantea que esta disciplina recoge disciplinas pragmáticas y teóricas, puede convertirse en un aspecto a favor de ésta ya que, como lo plantea Le Moigne, "la ciencia debe conformar un círculo... del pensamiento a la práctica y de la práctica al pensamiento" (Martinet, 1990, p. 76), además de contar con la posibilidad de no tener que someterse a un paradigma epistemológico preconcebido sino, de poseer la capacidad de constituir un paradigma alternativo válido.

La Administración no es una ciencia, pero eso no implica que no sea científica; en tanto esto último le exige que aplique un método científico. La teoría administrativa no enuncia leyes sino reglas tecnológicas. Es científica porque emplea el método científico y conocimiento sustantivo de otras ciencias básicas.



La naturaleza de la administración permite pensar en la posibilidad de contar con el método cualitativo del caso para construir su pensamiento y corroborar sus sustentaciones en situaciones empíricas particulares, para posteriormente generalizar un pensamiento sobre la Administración y el rol de la gestión estratégica en este entorno.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Descartes, R. (1992). El Discurso del Método. Bogotá: Norma.
- Garin, E. (1983). Medioevo y Renacimiento. Madrid: Taurus
- Kliksberg, B. (1992) El pensamiento organizativo. Madrid: Ed. Norma.
- Le Moigne, J.L. (1995). La incoherencia epistemológica de las ciencias de la gestión. En: Cuadernos de Economía. No. 26. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Martinet, A. Ch. (1990). Epistémologies et sciences de gestion. Paris : Económica.
- Morin, E. (1986). El Método III. El Conocimiento del Conocimiento. Madrid: Cátedra.
- Morin, E. (1990). Introducción al Pensamiento Complejo. Paris. ESF
- Morin, E. (1991). El Método IV. Las Ideas. Madrid: Cátedra.
- Morin, E. (1994). La Complejidad humana. Paris. Flammarion.
- Reale, G. y Antiseri, D. (1995). Historia del pensamiento filosófico y científico. Barcelona: Cátedra.
- Rodríguez Gerardo, Otros. (2008). Memoria crítica del problema del conocimiento. En: <http://unesrcanoabo.blogspot.com/2008/05/memoria-critica-el-problema-del.html>